

NOCHE DE GLORIA Y DOMINGO PASCUAL

El Señor ha muerto pero el poder de Dios hace que resucite del sepulcro. Estamos ya en el umbral de la fiesta y de la noche más sagrada de la vida cristiana: La Vigilia Pascual. Asistimos al espléndido triunfo de la resurrección de Cristo que es nuestra propia resurrección. Cada uno acude a la reunión de media noche convencido de que “nada nos hubiera valido haber nacido si no hubiéramos sido redimidos”.

La impresionante riqueza de los misterios pascales de Cristo nos desbordan con su realidad, superan nuestra capacidad de recepción y admiración; por eso, para que podamos comprenderlos, se nos presentan y se nos comunican en forma de símbolos y sacramentos: el fuego, el cirio y la luz, la plegaria, el agua y el lavado bautismal; y la comida del cuerpo y la sangre de Cristo.

Las cumbres de esta noche son el Bautismo y la Cena Pascual. En una noche como ésta Yahvé Dios libró a su pueblo elegido, Israel, de la esclavitud de Egipto. En otra noche como ésta, Cristo surgió de la muerte y con su victoria nos libró de la esclavitud del pecado. En la noche de la Vigilia Pascual, Jesús vuelve a resucitar en su Iglesia y todos nosotros con Él, porque somos nosotros el pueblo elegido de Dios, que queda liberado de la muerte del pecado y que inicia el camino de una vida gloriosa hacia la casa del Padre.

A lo largo del año vamos conmemorando los misterios de la salvación: la encarnación de Cristo, su infancia, su vida oculta, su vida pública, su pasión, su muerte. Pero la culminación de todo se produce en esta noche, en esta Vigilia, a la que San Agustín llama “Madre de todas la Vigilias”. Aquí culmina todo. Ahora se entiende todo lo anterior. Porque ese Cristo resucitado estaba ya en el Cristo de Belén y todo el proceso de su vida va desarrollándose como respondiendo a un germen que había dentro y que estalla en la noche de la Vigilia Pascual. Todo sucede en esta noche. Todo nos pertenece: el tiempo, el espacio, la vida y la muerte. Pero nosotros pertenecemos a Cristo, y este es Dios.

Aceptada esta confesión de fe que ha transformado el mundo, podemos seguir con la luz, con la historia, con el rito litúrgico, pues aunque estemos cansados por la debilidad de nuestro cuerpo, la alegría de la Vida explota en el rostro de agradecimiento por la gracia que viene de Cristo nuestro Señor.

Desde esta noche pascual, los cristianos no somos el pueblo de un muerto, sino el pueblo de un resucitado. La vida del creyente no es soledad angustiosa, sino experiencia compartida con el Resucitado. Ahora sabemos que venimos de Dios, que hemos sido hechos a su imagen y que nuestra vocación es la de “reproducir los rasgo de Cristo” (Rom 8,29).

Jesús está en medio de los hombres todos los días y en todos los lugares hasta el fin de los tiempos. Esta presencia de Jesús en el hombre, entre los hombres, nos ayuda a no caer en la tentación de oponer Dios y hombre. En Jesús, Dios es definitivamente hombre, vive en cada uno de los hombres. Quien vive de la fe pascual no puede quedarse impassible ante el mundo, ante la realidad social, ante la Iglesia. El auténtico realismo cristiano encuentra su complemento en la experiencia del Resucitado. El Cirio Pascual ilumina toda nuestra vida y esta noche nos llevamos la alegría del triunfo de Cristo y la gracia de haber resucitado con Él.

En cada Misa y cada domingo recordamos y haremos presente de nuevo la gran Pascua de la Resurrección. La Pascua da origen a la nueva humanidad, significada en la comunidad de Jesús: la Iglesia. Una Iglesia que es comunión realizada por el Espíritu, comunión de creyentes en pluralidad de dones y carismas. Una Iglesia misionera que sale al encuentro del mundo y de los hombres, siguiendo el mandato de Jesús: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio” (Mc 16,15). La Iglesia es tanto más Iglesia del Señor cuanto más abierta está a la evangelización del mundo. Por ello nuestra calle de la amargura se transforma en camino de Emaús. De ahí, desde la Muerte y Resurrección de Cristo, la vía dolorosa de la existencia humana se convierte para los que creen en el amor de Dios, difundido en nuestros corazones, en calle de alegría y felicidad, de paz y concordia en la que también se entrelazan las vidas de todos los humanos, porque ellos no fueron creados para el dolor y la muerte, sino para el gozo y la vida.

En esa calle encontramos a María, la Madre del Resucitado. Aleluya.

DE COLORES

+ Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia
Consiliario Nacional del MCC